

EL PROBLEMA DEL VÍNCULO ENTRE LA PSIQUE Y LA SOCIEDAD EN
CORNELIUS CASTORIADIS: ESTRATIFICACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD Y
DIMENSIÓN VERTICAL DEL MAGMA DE SIGNIFICACIONES

Germán Rosso

Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

En este trabajo se propone profundizar en la propuesta de Cornelius Castoriadis de comprender el vínculo entre la psique y la sociedad como “indisociable” e “irreductible”. Para ello, se adopta una perspectiva psicogenética que permite recuperar las distintas etapas del trabajo de “fabricación” que la sociedad realiza sobre la psique como su “materia prima”, cuyo producto final será el individuo social. Este proceso de socialización supone la emergencia de diferentes esquemas que, antes que ser anulados en la sucesión de etapas, se superponen como estratos en la conformación final del individuo. Poner el acento en esta “dimensión vertical” posibilita comprender la historicidad del sujeto y visibilizar los distintos modos de puesta en forma o “metabolización” que atraviesa la psique. De este modo podrá reflexionarse acerca del estatuto de las propias significaciones imaginarias sociales y su basamento sobre un *magma vertical* en el que coexisten y se remiten entre sí los mundos de sentido instituidos por los distintos estratos de la subjetividad.

Palabras clave: subjetividad, significaciones sociales, psicogénesis, socialización, estratificación.

ABSTRACT

THE PROBLEM OF THE RELATIONSHIP BETWEEN PSYCHE AND SOCIETY IN CORNELIUS CASTORIADIS: SUBJECTIVE STRATIFICATION AND VERTICAL DIMENSION OF THE MAGMA OF SIGNIFICATIONS

In this paper we propose to inquire the Cornelius Castoriadis’ proposal to understand the relationship between the psyche and the society as “irreducible” and “indissociable”. For this, we adopted a psychogenetic view to recover the different phases of the “manufacturing” work that society do over the psyche as his “raw material”. His final product is a social individual. This socialization process supposes the emergence of different kind of registers that aren’t canceled by the succession of stages; they coexist as strata in the final conformation of the individual. Focalize in this “vertical dimension” allows us to think the historicity of the subject and make visible the different ways of creation of figures or “metabolization” that the psyche goes through. In the same way, it’s possible to reflect on the social imaginary significations as cemented on what we could call a *vertical magma*.

Key words: subjectivity, social significations, psychogenesis, socialization, stratification.

RÉSUMÉ

LE PROBLÈME DU LIEN ENTRE LA PSYCHÉ ET LA SOCIÉTÉ CHEZ CORNELIUS CASTORIADIS: STRATIFICATION DE LA SUBJECTIVITÉ ET DIMENSION VERTICALE DU MAGMA DES SIGNIFICATIONS

Cet article entend approfondir la proposition de Cornelius Castoriadis de comprendre le lien entre psyché et société comme «inséparable» et «irréductible». Pour cela, une perspective psychogénétique est adoptée qui permet de récupérer les différentes étapes du travail de «fabrication» que la société effectue sur le psychisme comme sa «matière première», dont le produit final sera l'individu social. Ce processus de socialisation suppose l'émergence de différents schèmes qui, plutôt que de s'annuler dans la succession des étapes, se superposent en strates dans la conformation finale de l'individu. Mettre l'accent sur cette «dimension verticale» permet de comprendre l'historicité du sujet et de rendre visible les différents modes de mise en forme ou de «métabolisation» que traverse la psyché. Ainsi, il sera possible de réfléchir sur le statut des significations imaginaires sociales elles-mêmes et leur assise sur un magma vertical dans lequel les mondes de sens institués par les différentes strates de la subjectivité coexistent et se réfèrent les uns aux autres.

Mots-clés : subjectivité, significations sociales, psychogenèse, socialisation, stratification.

RESUMO

O PROBLEMA DA LIGAÇÃO ENTRE A PSIQUE E A SOCIEDADE EM CORNELIUS CASTORIADIS: A ESTRATIFICAÇÃO DA SUBJETIVIDADE E A VERTICAL DIMENSÃO VERTICAL DO MAGMA DE SIGNIFICADOS

Este documento propõe aprofundar a proposta de Cornelius Castoriadis de entender a ligação entre psique e sociedade como “inseparável” e “irreduzível”. Para isso, adotamos uma perspectiva psicogenética que nos permite recuperar as diferentes etapas do trabalho de “fabricação” que a sociedade realiza na psique como sua “matéria-prima”, cujo produto final será o indivíduo social. Este processo de socialização envolve o surgimento de diferentes esquemas que, ao invés de serem anulados na sucessão de etapas, são sobrepostos como camadas na formação final do indivíduo. Enfatizar esta “dimensão vertical” torna possível compreender a historicidade do sujeito e tornar visíveis as diferentes formas em que a psique é moldada ou “metabolizada”. Desta forma, será possível refletir sobre o status dos próprios significados do imaginário social e suas bases sobre um magma vertical no qual os mundos de significado instituídos pelos diferentes estratos de subjetividade coexistem e se referem uns aos outros.

Palavras-chave: subjetividade, significados sociais, psicogênese, socialização, estratificação.

1. INTRODUCCIÓN¹

El establecimiento de vínculos antagónicos a través de antinomias (tales como ideal-material, alma-cuerpo, objetivo-subjetivo, público-privado, etc.) atraviesa toda la historia de la producción de conocimientos occidental. Tal como sostiene Bachelard, pareciera que “los obstáculos a la cultura científica se presentan siempre por pares”. (2004, p. 23). Estas oposiciones habitualmente se encuentran articuladas en lógicas binarias jerarquizantes que suponen la valoración de uno de sus términos por encima del otro (Fernández, 2007, p. 51). En este marco, las disciplinas sociales se han encontrado tensionadas desde su surgimiento por diversas antinomias, entre las cuales se destaca la oposición entre individuo y sociedad. En la actualidad, uno de los puntos en los que, aún en su diversidad, convergen las nuevas perspectivas epistemológicas de las ciencias sociales es en la crítica a tal tipo de polaridades y en el intento de dislocarlas a través de diversas operaciones epistemológicas (Corcuff, 2014). En este contexto, parte de la fecundidad del pensamiento de Castoriadis reside en las herramientas que ofrece para desarticular el tradicional antagonismo en las ciencias sociales y humanas entre lo singular y lo colectivo. Para empezar, Castoriadis realiza un desplazamiento respecto de la polaridad entre individuo y sociedad para redefinirla en términos de una distinción entre psique y sociedad². Este posicionamiento, sin embargo, no le lleva a fundar una distancia insalvable o restablecer un antagonismo entre ambas dimensiones. Antes bien, entre lo psíquico y lo social se establece un “modo de coexistencia único” (Castoriadis, 1998, p. 194; c). Por lo tanto, Castoriadis en cierto modo niega la plena separación entre estos dos órdenes en el mismo movimiento a través del cual la formula, en la medida en que la relación entre ambos es descrita como “indisociable” e “irreductible” (2013, pp. 487-494; 1998a, p. 41; 1998c, p. 194; 1996; 2008, p. 87 y p.184).

De esta proposición puede extraerse una serie de observaciones de orden epistemológico que resulta fundamental para comprender la perspectiva

¹ Versión revisada y ampliada (Rosso, 2016).

² Como se trabajará posteriormente, para Castoriadis el individuo ya es una de las instituciones de la sociedad, o mejor, un “fragmento ambulante de la institución de la sociedad” (2001, p. 116), por lo cual desde su punto de vista no tiene sentido oponerlos entre sí como instancias diferenciadas. Antes bien, el individuo se encuentra en la “intersección” entre psique y sociedad (Castoriadis, 2013, p. 489).

del autor. Al sostener que la relación entre la psique y la sociedad es “irreductible”, Castoriadis apunta a destacar que cada una de estas dimensiones posee una especificidad propia. De aquí que sostenga, por ejemplo, que la sociedad no puede fabricar “almas”, pero fabrica a sus individuos utilizando “almas” como su “materia prima”; análogamente, las “almas” sólo producen fantasmas, e incluso una asamblea de “almas” no podrá jamás producir significaciones imaginarias sociales e instituciones. (Castoriadis, 1998a, p. 313). En consecuencia, esta especificidad no se deriva, tal como establece por caso la tradición durkheimiana, de la división disciplinar entre sociología y psicología; la distinción entre psique y sociedad, por el contrario, se inscribe en una particular ontología. En este sentido Fernando Urribarri (Stavisky, 2016), psicoanalista y discípulo del mencionado autor, destaca que si bien para Castoriadis es imposible concebir la existencia de alguna de estas dimensiones sin la otra, esto no lleva a desestimar que cada cual posea legalidades, lógicas y modos de funcionamiento específicos que no resultan ni extrapolables ni reducibles entre sí.

Por otra parte, la “indisociabilidad” en la relación entre la sociedad y la psique refiere a la imposibilidad de plantear un completo divorcio entre ambas instancias. Esto resulta claro en la perspectiva de Castoriadis sobre el proceso de socialización, en donde detalla el modo en que la psique ingresa al mundo de instituciones y significaciones sociales. En este contexto, el autor sostiene que la psique es “irreductible a lo social-histórico, pero formable por éste casi ilimitadamente a condición de que la institución satisfaga algunos requisitos mínimos de la psique. El principal entre todos: nutrir a la psique de *sentido diurno*” (2008, p. 87). La indisociabilidad, por tanto, consiste en cierta necesidad mutua: la sociedad requiere moldear a la psique de una manera adecuada para su integración al orden colectivo, mientras que la psique requiere y exige que la sociedad la provea de sentido a través de sus significaciones imaginarias. En consecuencia, la sociedad podrá moldear la “plasticidad casi ilimitada de la psiquis” para así lograr formar individuos dispuestos a reasumir sus instituciones e interiorizar sus sentidos, pero la subjetividad impondrá, como condición de posibilidad para que esto suceda, su necesidad ineludible de ser provista de sentido. Por lo tanto, se establece una relación de íntima codeterminación entre las “partes” y el “todo” que difiere de tradiciones sociológicas como el holismo y el individualismo, y que a su vez supone la

interrelación entre psicogénesis y sociogénesis en el surgimiento del individuo social (Castoriadis, 2013, p. 469).

En este trabajo se propone abordar este complejo vínculo entre psique y sociedad para comprender sus implicancias en la conformación de la subjetividad y de los sentidos sociales. Para ello, se revisarán las diferentes etapas o estadios que atraviesa la vida anímica del sujeto durante el proceso de socialización. En el devenir de esta “historia del sujeto” o psicogénesis se desplegarán distintos procesos, relaciones y dinámicas que, tal como proponen Castoriadis (2013, 2004) y Aulagnier, (2010)³ pueden ser abordados como modos de representación, “metabolización” o “puesta en forma” de un mundo propio de sentido. La particularidad de esta propuesta radica en que, a pesar de sus distintos orígenes temporales, estos esquemas subjetivos no resultan anulados por su sucesión, sino que coexisten como estratos en la conformación final de la subjetividad y, como se propondrá en este trabajo, en las significaciones imaginarias.

2. LA HISTORIA DEL SUJETO COMO ESTRATIFICACIÓN PSÍQUICA

Recuperando diversos aportes del psicoanálisis, puntualmente de Sigmund Freud, Castoriadis ha reflexionado acerca de la génesis de la subjetividad. Sin embargo, su lectura de la obra freudiana no consiste en la simple utilización o aplicación de las categorías psicoanalíticas tal cual fueron formuladas; al mismo tiempo, tampoco puede decirse que se trate de un intento de refundar o reconstruir radicalmente la disciplina, a diferencia de lo que plantea al respecto

³ La cercanía y complementariedad entre Castoriadis y Aulagnier resultan evidentes, tal como lo reconoce el primero en una entrevista realizada por Urribarri (Castoriadis, 2001, pp. 252-253). Al respecto del vínculo entre las perspectivas de ambos, véase también Castoriadis (1998a, pp. 131-146). Además, tanto Urribarri (1993, 1998b) como Franco (2003, pp. 161-174) reseñan algunos puntos bibliográficos de encuentro, además de sugerir y explorar posibles articulaciones de categorías. Es significativo, además, destacar cierta intertextualidad entre sus obras: en su apartado dedicado a la cuestión del contrato narcisista Aulagnier (2010, p. 159), remite a través de una nota al pie al sexto capítulo de *La institución imaginaria de la sociedad* de Castoriadis, mientras que este último hace lo mismo en el mencionado capítulo, reenviando a *La violencia de la interpretación* de la autora (Castoriadis, 2013, p. 471). Por último, Dosse (2018) reconstruye el vínculo entre ambos y destaca su importancia en la introducción del psicoanálisis en el pensamiento de Castoriadis.

del pensamiento filosófico heredado⁴. Lo que el autor se propone, por tanto, no es “mejorar ni reconstruir” la concepción freudiana, sino “iluminar[la] de otro modo”, partiendo de dos temas que “han sido sus puntos ciegos: el de la institución histórico-social y el de la psique como imaginación radical, es decir, en lo esencial, como emergencia de representaciones o flujo representativo no sometido a la determinidad” (Castoriadis, 2013, p. 430). Al respecto, Urribarri puntualiza que es la imaginación “la que constituye y hace emerger este flujo que origina un mundo de sentido propio de cada sujeto” (1998a, p. 15). Incluso podría señalarse, de una manera más precisa, que ese mundo de sentido que instituye la imaginación *es* la vida anímica. Con la intención de destacar esta idea Castoriadis sostiene que “la índole misma de la psique [...] *es* génesis de representaciones” (2013, p. 433). De un modo más general, el autor indica que “el sujeto es capacidad de hacer ser para él lo que es otra cosa que él. El sujeto es capacidad de hacer que algo se vuelva presente para él”. (2004, pp. 68-69). En la perspectiva ontológica de Castoriadis, esta capacidad de puesta en forma, re-presentación o in-formación a través de la cual se instituye un mundo propio de sentido (*Eigenwelt*) es pertinente a cualquier *ser* correspondiente a la región del *para sí* (o *self*) (2013; 1998b; 1998c)⁵. De manera similar, Aulagnier (2010) define a la actividad de representación de la psique como una “metabolización”: capacidad gracias a la cual un elemento heterogéneo a un proceso psíquico puede ser convertido en un material homogéneo a sus propias características. Si bien se trata de un concepto tomado de la biología, la autora lo utiliza para caracterizar el trabajo psíquico. La diferencia entre la metabolización biológica y la metabolización psíquica radica en que la primera altera un elemento físico mientras que la segunda opera sobre elementos de “información” (Aulagnier, 2010, p. 23) Así, representación, imaginación, sentido y sujeto establecen en Castoriadis un vínculo íntimo, el cual será el objeto de reflexión privilegiado en su exploración de la psique.

⁴ Como remarca Urribarri (1998a, p. 14), Castoriadis mantiene una relación distinta con la disciplina psicoanalítica en comparación al radical movimiento que propone realizar sobre la filosofía. No se trata ya de una reconstrucción completa desde sus fundamentos, sino más bien de un cambio de ángulo de observación.

⁵ Aunque no se profundizará en esta cuestión, cabe señalar que Castoriadis (1998b; 2004) establece tres características pertinentes a todo *para sí*: autofinalidad, creación de un mundo propio y autocentramiento. Con base en ellas propone distinguir cuatro niveles ontológicos: lo viviente, lo psíquico, el individuo social y la sociedad. Otros dos niveles del *para sí* existen en carácter de proyecto: la subjetividad humana y la sociedad autónoma.

Avanzando en esta dirección, Castoriadis también reconoce que la vida anímica del humano posee ciertas particularidades que lo diferencian significativamente del resto de los seres vivientes. Partiendo de las contribuciones del psicoanálisis, Castoriadis (2004) propone comprender la especificidad de la psique humana en dos direcciones: una “horizontal” y otra “vertical”. Si se toma en cuenta una de las principales constataciones realizadas por la mencionada disciplina, puede comenzar a pensarse que la especificidad de lo humano no residiría tan solo en el hecho de poseer una sexualidad —lo cual es común a todos los seres vivientes— sino en su carácter *distorsionado* (Castoriadis, 1998b, p. 129). Si en términos más amplios se considera a la sexualidad como la dimensión del *deseo* humano, en la filosofía también pueden encontrarse aportes que permiten pensar sus peculiaridades respecto del deseo animal por los objetos naturales (Kojève, 2012). Puntualmente, Castoriadis (2004, pp.82-86; 1998b, pp. 129-131; 1998a, pp. 307-308) propondrá pensar a la psique humana a partir del reconocimiento de una discontinuidad entre la imaginación del viviente y la imaginación humana, distancia signada por el carácter *a-funcional* de esta última. Esto quiere decir que el autor enfatizará en la constatación de la ruptura de toda “regulación instintiva” en el humano⁶ para señalar que en un sentido “transversal” u “horizontal” —es decir, pertinente a todas sus instancias— la psique comporta tres características específicas: la desfuncionalización de sus procesos y metas en referencia a las necesidades biológicas —es decir, el no sometimiento de sus finalidades a la conservación del cuerpo biológico, como lo atestigua fundamentalmente la actividad alucinatoria del *infans*—, la primacía del placer de representación por sobre el placer de órgano —de manera que la búsqueda de satisfacción que persiguen las distintas instancias psíquicas es enteramente de índole representacional, o mejor, se pone en juego exclusivamente en el terreno del sentido— y, por último, la autonomización de la imaginación —es decir, la ruptura de una correspondencia rígida entre estimulación externa y representación interna. La *imaginación radical* del humano es así comprendida como un flujo

⁶ Podría decirse incluso que esta ausencia de regulación instintiva será la condición de existencia (y no la causa) de la creación de la sociedad, que se encargará de instituir una organización ensídica, ya no “natural” o “natal” como la del viviente, sino histórica y social. Como señala Castoriadis, “el hombre es un animal radicalmente inepto para la vida” (1998a, p. 307).

incesante, perpetuo, ilimitado, incontrolable, no canónico⁷ e indisociable de representaciones, afectos e intencionalidades que puede incluso surgir “a partir de *nada*” (Castoriadis, 2013, p. 444).

Pero además de estas características propias de la psique a un nivel general, Castoriadis señala una especificidad pertinente a su “dimensión vertical”, la cual da cuenta de una “historicidad del ser humano” en el devenir de la cual se produce una “estratificación psíquica” de instancias. Desde esta dimensión “vertical” es posible indagar, al contrario de lo que posturas psicoanalíticas como la de Lacan y los estructuralistas sostienen, cómo “la estructura [psíquica] es el sedimento de una historia” (2004, p. 89). Una historia irregular y errática, sin direccionalidad fijamente preestablecida ni progresividad acumulativa, por la cual “se constituyen instancias, tipos de procesos, que luego no son ni superados ni armoniosamente integrados, sino que persisten en una totalidad contradictoria o antes bien incoherente” (2004, p. 90). Los “restos” de etapas anteriores no son totalmente sepultados y continúan operantes en los distintos momentos del sucesivo devenir de la historia del sujeto —lo que por otra parte acontece con toda historia, salvo que se le intente imponer una progresividad pseudo-racional. Esta historia, además, no conduce a ningún “despliegue funcional” que ofrezca una “mejor división del trabajo” entre las instancias que emergen; antes bien, entre las instancias se desarrollan conflictos y contradicciones. Esto se debe a que, si bien no están completamente separadas y clausuradas unas respecto a las otras, cada instancia se desenvuelve como un *para sí*, con sus propias finalidades, con su mundo propio de representaciones, afectos e intencionalidades del que emergen sus propias “formaciones de objetos” y sus propios modos de organizar la relación entre los elementos para sí existentes. Al mismo tiempo, las instancias están *estratificadas*: “las hay que están más cerca de la superficie y otras más lejos” (2004, p. 89). Esto equivale a decir que la subjetividad no solamente se encuentra habitada por una multiplicidad de procesos anímicos, como buena parte de las perspectivas psicoanalíticas reconoce, sino que también se encuentra “ontológicamente” dotada de una profundidad. En consecuencia, la relación superficialidad-profundidad se encuentra inscrita en el *ser* mismo de la psique humana (Rosso, 2018a). Tal estratificación, a su vez, da testimonio

⁷ La imaginación del viviente, por el contrario, crea “representantes canónicos” ligados de manera rígida y permanente a la satisfacción de las necesidades biológicas.

de la diacronía de la psique como una superposición de distintas capas de sedimentos que coexisten en la conformación final de lo que es comprendido habitualmente como una “estructura”, pero que exige más bien ser considerado como un magma imposible de reconstruir a partir de operaciones ensídicas o conjuntista-identitarias (Castoriadis, 2004, p. 92; 1998b, pp. 133-134)⁸. En consecuencia, la idea de “verticalidad” permitiría pensar en distintos niveles o estratos de sentido que conviven en la misma subjetividad, de tal modo que la complejidad que se atestigua en el sentido social podría encontrarse primeramente cimentada en esta coexistencia en el sujeto.

De esta manera, los procesos psíquicos son pensados como capas magmáticas que se sedimentan unas sobre otras estableciendo relaciones de remisión, y la utilidad de esta metáfora reside en que las capas ya solidificadas no son tan fácilmente afectables por los nuevos materiales que inciden sobre la superficie. En esta dirección se puede comenzar a pensar en las dificultades que una transformación en la institución de la sociedad, sobre todo en cuanto a los proyectos tendientes a la autonomía, puede encontrar al intentar alterar órdenes de sentido profundamente sedimentados en la subjetividad. Incluso se puede postular, a manera de hipótesis, la existencia de un “peso diferencial” entre los sentidos instituidos a distintas profundidades subjetivas, pudiéndose distinguir así entre aquellos profundamente sedimentados en el inconsciente y otros más superficiales correspondientes a la conciencia (Ferme, Mariscal, López, Couzo, Castro y Rosso, 2018). Así, lo que habría que preguntarse es si los sentidos adquiridos en una época pretérita poseen un mayor peso o efectividad que aquellos correspondientes a las situaciones contemporáneas. Por lo pronto se puede decir que las capas más profundamente sedimentadas continúan

⁸ “Ensídico” (*ensidique* en francés) es un neologismo propuesto por Castoriadis a partir de la conjunción y abreviatura de las palabras francesas *ensemblista-identitaire* (conjuntista-identitario en español). Esta denominación responde a la constatación por parte de Castoriadis (1998^a, p. 294) de que la lógica, en su acepción común, responde a la teoría de los conjuntos, al menos en su versión “ingenua”, en la medida en que se limita a determinar elementos y componer conjuntos, los cuales son, al decir de Cantor, “definidos y distintos” (Castoriadis, 1998c, p. 195). Con la noción de magma, Castoriadis intenta captar el modo de *Ser* de aquello que, como la psique humana y la sociedad, no puede reducirse a la *determinación*, es decir, “aquello de lo cual se puede extraer (o, en el cual se puede construir) organizaciones conjuntistas en cantidad indefinida, pero que jamás puede ser reconstituido (idealmente) por composición conjuntista (finita ni infinita) de esas organizaciones” (2013, p. 534).

operando según sus propias directrices incluso a pesar de la superposición de nuevos estratos, y que entre los mismos se entablan diversas relaciones. En su intento por captar este modo de ser magmático, Castoriadis describe tales reconfiguraciones sin cancelaciones como “capas superpuestas de lava”, una historia en la que se asientan “depósitos estratificados e intercomunicados”, y en donde las formaciones de objeto y las representaciones “adultas” se encuentran siempre “acribilladas de conductos volcánicos por doquier” y “nunca definitivamente solidificadas” (2013, p. 489), manteniéndose incluso “los objetos parciales sucesivamente abandonados y las figuraciones fantásticas que les corresponden”. (p. 479) Es así como se puede pensar, con Castoriadis, al proceso psicogenético en los siguientes términos:

Sucesivas capas de socialización, por usar esa imagen, se aglomeran alrededor del núcleo monádico en una forma por demás extraña. No como depósito de iones metálicos en un polo. Es algo complejo, contradictorio, conflictivo. Freud tenía imágenes muy bellas. Habla de conglomerados y brechas, piedras volcánicas o trozos duros capturados en torrentes de lava que se solidifican. Y esa misma lava por momentos vuelve a llevar hasta la superficie, como vemos a diario en nuestra vida y en la clínica, elementos del magma más profundo (Castoriadis, 1998a, pp.120-121).

Esta estratificación da testimonio del contradictorio e incluso incoherente modo en que procesos psíquicos con distintos orígenes temporales coexisten en una misma subjetividad, sin llegar a anularse en la vida adulta del individuo. Para comprender el modo en que se gesta esta estratificación será necesario comprender la historia gracias a la cual paulatinamente se va sedimentando ese conglomerado conflictivo e irregular que es la subjetividad, por lo cual hay que comenzar por indagar el “estado” más primigenio que se puede suponer en el mundo psíquico.

3. EL MODO DE ORGANIZACIÓN ORIGINARIO DE LA PSIQUE

Si se reconoce en la psique una capacidad inicial u originaria de organización, ésta debería ser susceptible de ser descrita como una serie de características estables —pues de modo contrario no sería posible hablar de “organización” alguna. Por muy rudimentarias que resulten tales características, y aun a pesar de la violencia del lenguaje que comporte referirse a una “organización” en lo que se encuentra justamente en las antípodas

de toda organización, la psique pone en forma su mundo de una manera por entero intrínseca. El proto-estado denominado *mónada psíquica* es una primera representación producida por la psique bajo la “figura figurante de ‘todo=sí-mismo’” (Castoriadis, 2013, p. 470). Su característica más sobresaliente es la *indistinción* entre sujeto y mundo, ya que para la psique todo lo existente es y coincide completamente con sí misma. Según Castoriadis, en esta etapa el pecho materno es para el *infans* una parte indivisa de sí mismo, y la distribución de la carga libidinal recae enteramente en esta “*inclusión totalitaria*”⁹. Por lo tanto, la libido que “circula” entre el *infans* y el pecho es una libido de “autocarga”, que permanece “inmediatamente junto a sí y en sí” (2013, p. 460), en lo que constituye un estado calificable como *narcisismo autístico*¹⁰. Sería correcto comprender este estado, más que como una representación, como un flujo *indisociable* en el que resulta imposible distinguir al afecto que emerge de la representación de sí mismo que suscita y de la intención de mantenerse en tal estado, lo que constituye la manifestación más plena de la imaginación radical. Estos tres momentos, que posteriormente podrán separarse, en el estado monádico se despliegan de manera *inmediata*. Esto se debe a que la “intención [es] realizada antes de toda formulación y antes de toda separación entre un ‘estado’ y una ‘tendencia a’” (2013, p. 461). Por consiguiente, en esta etapa no existen ni mediaciones ni condiciones a cumplir para pasar de uno de estos momentos a otro: es una realización plena y absoluta. De aquí se deriva la *omnipotencia* de la psique en tanto capacidad de proveerse de la representación que le suscitará placer incluso antes de que surja la tendencia que busca retornar a tal estado. Esta manifestación plena del placer de representación, por otra parte, hará todo lo posible por ignorar “escandalosamente” la necesidad somática efectiva. Sin embargo, esto no debería llevar a pensar que el cuerpo y esta primera actividad psíquica se encuentran comunicados. Antes bien,

⁹ Se trata de la “preidentificación que toda identificación supone”, ilustrada por el sentido más originario del que da cuenta la expresión “Yo soy el pecho” (*Ich bin die Brust*) de Freud (Castoriadis, 2013, p. 215), y que se corresponde con lo que suele denominarse en psicoanálisis como “identificación primaria”, que es “la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo” con el otro (Freud, 2008a, p. 100). En esta identificación “es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación” (Freud, 2008b, p. 31).

¹⁰ El autismo, en el sentido recuperado de Bleuler, supone una clausura indivisa e indistinta radical, comparable a la completitud del “polluelo al interior del cascarón” (Castoriadis, 2013, p. 461).

Castoriadis plantea lo contrario: “‘hacia atrás’, o ‘por debajo’ del inconsciente freudiano (o del Ello) debemos postular un no-consciente que es el cuerpo vivo en su calidad de cuerpo humano animado, en continuidad con la psique. No hay frontera entre ese cuerpo vivo y animado y la mónada psíquica originaria”. (1998a, p. 304).

Por otra parte, como se mencionó antes, es en este estado de inmediatez e indisociabilidad donde el sujeto hallará siempre, incluso cuando se complete exitosamente el proceso de socialización, su *matriz del sentido*:

aquello que el corazón de la psique *entenderá* o *considerará* de ahora en adelante y para siempre como sentido es este estado *unitario* en el cual *sujeto* y *objeto* son idénticos, y en el que representación, afecto y deseo son una sola y misma cosa, porque el deseo es, inmediatamente, representación (posesión psíquica) de lo deseado y, por lo tanto, afecto de placer (lo que es la forma más pura y más fuerte de la omnipotencia del pensamiento) (Castoriadis, 2001, p. 184).

El sentido que la psique exigirá a la sociedad tras la ruptura de su clausura originaria deberá cumplir con tales características, aun a pesar de que ya no sea posible para el sujeto restablecer una clausura unitaria de plena indistinción e inmediatez. La sociedad deberá, por tanto, *apuntalarse* o *apoyarse* en —es decir, “tomar en cuenta”— tal exigencia y proveer a la psique de “sustituciones de sentido”, las cuales podrán dar pie a vinculaciones rígidas¹¹ por medio de identificaciones con las significaciones sociales¹².

4. LA EMERGENCIA DEL ESQUEMA DE SEPARACIÓN

¹¹ Podría decirse que esto corresponde preponderantemente a la situación de las sociedades heterónomas. Una sociedad autónoma requerirá un vínculo de otras características. Véase Castoriadis (2004, pp. 97-150) y Miranda (2008, pp. 135-160).

¹² Cabe mencionar que la noción de mónada psíquica ha recibido diversas críticas, provenientes tanto del psicoanálisis como de las ciencias sociales y de la filosofía. Cf. Habermas (1993), Whitebook (1989), Ciaramelli (2002), Bleichmar (UBApsicología, 2015) y Fernández (2007, pp. 125-128). Sería interesante evaluar, sin embargo, si esta serie de críticas llegan a confrontar una de las principales razones por las cuales Castoriadis propone formular tal concepto. Según el autor, “todos los fenómenos psíquicos que conocemos resultan comprensibles únicamente cuando los remitimos a un punto de origen, al que llamo mónada psíquica” (2001, pp. 244). A lo que apunta con esta idea es que todos los procesos psíquicos, en lo que hace a su especificidad irreductible, adeudan algo a este primer estrato y particularmente a su matriz autocentrada del “todo=sí-mismo”, como a su juicio lo demuestran la fantasía y sus múltiples derivados.

La primigenia capacidad de representación de la psique se verá fundamentalmente alterada por su vínculo con la sociedad. Aunque esto resulte evidente, es necesario remarcar que sin la sociedad —y más particularmente sin una relación con el otro ya socializado— no existiría una historia del sujeto, debido a que es justamente ella la que, según Castoriadis, fuerza a la psique a abandonar su clausura originaria y a asumir un modo de organización que le es absolutamente extraño. Analizando este proceso con más detenimiento, se puede decir que es gracias a su capacidad imaginativa que la psique podrá no sólo “metabolizar” o *poner en forma* un elemento que le resulta extraño, sino también alterar progresivamente sus propios modos de organización de una manera que escapa absolutamente a la comprensión de las teorías *mecanicistas*. *Estas últimas* no ven a la socialización más que como a un proceso de inculcación sobre una superficie amorfa y pasiva. Al respecto de esto, Castoriadis (2004, p. 90) señala que lo sorprendente en el hombre no es que aprenda, sino justamente que no lo haga. Análogamente podría señalarse que lo sorprendente en la historia del sujeto es que éste *apre(he)nde siempre a su modo*, es decir, *de acuerdo con sus propios modos* toda imposición por parte de la sociedad. Es por esto que Castoriadis sostiene que “los esquemas y procesos proyectivos preceden y dominan a los esquemas y procesos introyectivos”. (1998a, p. 302). La psique logrará “metamorfosear” o “metabolizar” lo histórico-social sometiéndolo a una lógica que le es enteramente propia; pero al mismo tiempo su historia consiste en “la imposición de un modo de ser que la sociedad realiza sobre la psique y que esta última jamás podría hacer surgir a partir de sí misma y que fabrica-crea el individuo social” (Castoriadis, 2013, p. 469).

Dicho “modo de ser” impuesto a la psique es la separación, como “el esquema operador esencial, el productor-producto de la institución del *legein* y del *teukein*” (2013, p. 471)¹³. Las operaciones de la identidad y de la diferencia que supone tal esquema son un elemento insólito para la tendencia originaria de la psique debido a que contradicen el esquema del “todo = sí-mismo” a partir del cual organiza el mundo en una indistinción y unificación totalitarias. En este punto, Castoriadis (2013) alude a la definición freudiana del inconsciente como un modo de ser que ignora el tiempo y la contradicción para describir en términos de un “flujo indisociable” tanto a la imaginación radical como

¹³ Estos dos términos refieren, respectivamente, al *representar/decir* y al *hacer* de una sociedad en particular, de manera que componen su dimensión conjuntista-identitaria.

a su manifestación más auténtica, el estado monádico donde no se pueden representar términos separados y distinguibles. Esto se debe a que en aquello que es plenamente indistinto e indisociable no puede establecerse ni una sucesión ordenada de momentos que articulen el transcurso del tiempo ni unas propiedades fijas y estables en las que se fundamente una relación de oposición y contradicción. El esquema de separación, en cambio, permite organizar el mundo reconociendo términos y elementos separados a partir de los cuales se pueden componer clases, relaciones y propiedades. Sin estas operaciones sería imposible que el sujeto reasumiese la organización conjuntista-identitaria del imaginario instituido por la sociedad.

Por otra parte, Castoriadis (2013) reconoce que el surgimiento de la separación en la psique reviste cierto carácter enigmático. En la medida en que lo que prima para la psique humana es el placer de representación, es posible cuestionarse por qué el sujeto, aun en su omnipotencia originaria, llega a abandonar la representación plena e inmediatamente placentera correspondiente a la mónada psíquica (Whitebook, 1989). Para comprenderlo puede retomarse lo que plantea Aulagnier (2010, p. 31) al respecto de lo que metafóricamente designa como los “poderes” de la psique y de los “objetos” por ella metabolizados. Mientras que la psique remodela a su modo todo lo que se le presenta “al insertarlo en un esquema relacional preestablecido”, el material exógeno incorporado, sin embargo, no es amorfo: porta un “exceso de información” que subvierte los esquemas relacionales de la psique y que la obligará a reconocer nuevas características en el “objeto” a partir de la emergencia de nuevos procesos capaces de metabolizar tal excedente. De manera complementaria, Castoriadis señala que hasta “el placer de representación cede el paso ante la necesidad de *dar sentido* [de dotar de coherencia], incluso al precio de un inmenso displacer psíquico” (1998a, p. 135). Esta exigencia de “instauration de cierta coherencia representativa” puede observarse en los profundos reordenamientos que suscitará la metabolización de una nueva característica del “objeto”, como por ejemplo sucede con el anoticiamiento de que el pecho es un elemento exterior al sujeto o con el descubrimiento de que pertenece a otro sujeto. En detrimento de su placer originario, la psique se verá forzada a organizar un mundo propio que guarde coherencia con las nuevas características reconocidas, pero siempre lo hará a partir de esquemas de los que ya dispone. En el próximo apartado se analizará cómo la psique se apropia

de elementos que subvierten su organización intentando “metamorfosearlos” según su coherencia previa¹⁴.

Desde este punto de vista la historia del sujeto consiste en la paulatina aceptación por parte de la psique de la separación y de la diferencia impuestas por el proceso de socialización. En este sentido Castoriadis sostiene que los sucesivos procesos psíquicos que emergen,

en un grado cada vez mayor, deben tener en cuenta la separación y la diversidad impuestas a la psique y sólo son a modo de intentos de mantener unida esta diversidad, ella misma cada vez más diversificada, representan estos diversos niveles de integración realizada siempre bajo la égida del principio unitario que traduce la imantación de todo el campo psíquico por el polo monádico (2013, p. 472).

Las sucesivas confrontaciones entre las imposiciones sociales de separación y el esfuerzo metabolizante de la psique por contradecirlo aplicando su propio esquema darán lugar a la emergencia de nuevos estratos con consistencia propia. Pero una vez instaurada la separación y muy a pesar de los esfuerzos de la psique, la posibilidad de retorno a una clausura monádica plena se verá malograda permanentemente y el sujeto deberá satisfacerse —aunque nunca lo haga del todo— con clausuras mediatizadas por contenidos sociales. Si bien el estado originario se ha vuelto “irrepresentable por sí mismo” debido a la instauración de la separación, el núcleo monádico será “presentificado y figurado” constantemente por los intentos de reducir la diferencia y la diversidad. Es en este sentido que para Castoriadis los efectos más manifiestos de su imantación sobre la actividad psíquica serán “la tendencia a la unificación, el reino —inmediato o mediato— del principio del placer, la omnipotencia mágica del pensamiento, [y] la exigencia del sentido” (2013, p. 472).

5. EL ESQUEMA DE OMNIPOTENCIA COMO OPERADOR EN LA APREHENSIÓN DE LA SEPARACIÓN Y DEL OTRO

Desde su origen, entonces, la psique “metamorfoseará” con su propio esquema al mundo en un intento por hacerlo compatible con sus características. Como se anticipó, la adquisición del esquema de la separación tampoco escapará

¹⁴ “Apenas se apodera de un extremo de ‘realidad’, [el sujeto] debe metamorfosearlo para hacerlo concordar con la irrealidad, que para él es lo único que tiene sentido” (Castoriadis, 2013, p. 477).

a tal exigencia. Tanto el surgimiento para la psique de un espacio separado al suyo como el reconocimiento de la existencia de los otros y de las “cosas” socialmente instituidas estarán mediados por el “único esquema que tiene a su disposición y que tiene siempre a su disposición, porque lo extrae de sí mismo: el esquema de la omnipotencia” (Castoriadis, 2013, p. 476). Tal esquema es otro modo de referirse a la matriz originaria de la psique que intenta organizar el mundo en una *inclusión* totalitaria. Desde este planteo debe comprenderse la afirmación de Castoriadis (1998a) de que la proyección antecede siempre a toda interiorización, y será proyectando dicho esquema que la psique podrá asimilar progresivamente una separación que al mismo tiempo intentará anular reponiendo su omnipotencia de distintas maneras.

Como ya se explicó anteriormente, en los albores de la vida anímica puede suponerse el proto-estado de la mónada psíquica en el cual el sujeto se figura como una fuente omnipotente que puede engendrar por sí mismo la protorepresentación que le permite restituir su plenitud y mantenerse en el proto-afecto placentero que a ésta le corresponde. En determinado momento, emergerá en este mundo el *displacer*. Para explicar su procedencia se suele acudir, parafraseando a Laplanche (2001, p. 24), a una concepción “popular” que tiende a “biologizar” el orden de la sexualidad humana al concebirla a partir del modelo del *instinto*, cuyo paradigma es el hambre. Según Castoriadis, el hambre puede llegar a ser el punto de *apoyo* del *displacer*, pero “el pecho ausente no tiene, ni *puede* tener el sentido de *causa* [o de ser causante] del hambre” (2013, p. 473). Esto significa que no es el hambre en tanto proceso somático lo que lleva a la ruptura de la mónada psíquica; afirmar esto sería equivalente a desestimar lo que anteriormente se dijo acerca la capacidad de representación de la psique, dado que se estaría planteando que un estímulo en principio somático podría incidir sin mediaciones en el mundo propio de la psique. Es antes bien la ausencia del pecho y la imperiosa necesidad de representar esta situación lo que provoca la “ruptura de la clausura monádica, en tanto que es agujero en la esfera subjetiva, *ablación* de una parte esencial del sujeto” (2013, p. 473). A pesar de su esfuerzo fantaseante, será por la ausencia del pecho, “que tan a menudo falta al niño”, que se abrirá tal brecha en la clausura de la mónada. Este agujero es fuente de angustia y constituye un cuestionamiento total al mundo de sentido de la psique, es decir, a la “identidad primaria del sujeto” (p. 473). El mundo “exterior” comienza así a construirse gracias a una *proyección* de la fuente del *displacer*, ya que para la mónada no resulta

conciliable ser la causante del desgarramiento de su mundo autístico. Con la primera proyección no sólo se comienza a construir un espacio otro al de la psique, sino que también se proyecta parte de la pretendida omnipotencia de la mónada: el pecho “bueno” presente será sometido aún al esquema inclusivo, significando el restablecimiento del mundo de sentido del *infans*, aunque ya no de manera total porque la psique no puede ignorar la distancia que comienza a establecerse¹⁵; el pecho “malo” ausente, fruto de la primera aplicación de una diferenciación “sí/no” —protoesquema de la separación—, es vivenciado como fuente y causante de angustia y displacer. (pp. 474-475). Esto equivale a decir que la psique ya no puede reconocerse como causa total y correspondencia sin desbordes entre mundo y sí-mismo, de modo que podría sostenerse que en este momento de la psicogénesis coexisten dos omnipotencias correspondientes al *infans*-pecho-presente y al exterior-pecho-ausente, o al menos una transición de una hacia la otra.

Con la integración del “pecho bueno”, que deja de ser parte indistinta del sujeto, con el “pecho malo”, que es el primer esbozo de un espacio exterior, y el reconocimiento de que tal objeto pertenece a alguien más, se completará la proyección del único esquema que posee la psique. La omnipotencia que el *infans* se atribuía debe ser asignada a quien controla el objeto que permite el restablecimiento de la matriz de sentido del sujeto. La madre, ese primer otro, deviene la fuente omnipotente tanto del placer como del displacer del *infans*, lo que llevará a la conformación del *pattern* del esquema triádico (sujeto-objeto-otro). Si se sigue con atención la paulatina aceptación de esta separación pueden localizarse distintas estrategias a través de las cuales el sujeto intenta mantener su omnipotencia y restablecer la unificación. En la situación triádica el sujeto construye un “esquema fantástico propio” en el que la regulación que el otro omnipotente hace de la presencia/ausencia del objeto de deseo es referida a las acciones y actitudes propias. De este modo, las muestras de afecto o desprecio por parte de la madre son vivenciadas por el niño como ocasionadas directamente por su comportamiento, razón por la cual Castoriadis postula que emerge un proto-esquema causal (y por lo tanto tendiente a lo ensídico) que se sostiene en la fórmula condicional del “sí... entonces...”. Aunque la omnipotencia se encuentre proyectada en el otro, el

¹⁵ Es en este momento cuando, según Castoriadis (2013, p. 475), “yo soy el pecho” adquiere su sentido atributivo y deja de ser identidad pura, de modo que comienza a operar como introyección e incorporación.

sujeto logra retenerla parcialmente mediante dicho esquema. Que todas las acciones del otro se encuentren referidas o causadas por las acciones del sujeto puede comprenderse como una “omnipotencia diferida” en la que el niño podrá, realizando los actos correctos, provocar que el otro ceda el objeto y restablezca la matriz del sentido. Una omnipotencia más inmediata puede ser conservada en la fantasía, donde el sujeto “hace hacer lo que desea” al otro imaginario (Castoriadis, 2013, p. 478).

Con el esquema intersubjetivo del “si... entonces...” comienza a emerger un nuevo modo de organización para la psique, y aunque constantemente sea “cortocircuitado” por la tendencia monádica de restitución de la omnipotencia, este esquema fantástico logra la aceptación de una separación respecto de lo exterior y de la existencia de otros, además de ensayar una puesta en relación lógica y causal entre elementos identificados como diferentes y componer conjuntos entre los mismos. Sobre las posibilidades habilitadas por este esquema se *apoyará* posteriormente la dimensión conjuntista-identitaria de la sociedad. La diferencia en este último caso radicará en que el ordenamiento lógico-causal será fundamentado en las instituciones y no en la omnipotencia de un otro. En todo caso, la omnipotencia deberá ser remitida al entramado de las significaciones sociales. Si bien suele marcarse la entrada en escena del padre como condición para que esto acontezca, con su sola presencia no bastará, ya que bien puede producirse un simple desplazamiento de la omnipotencia hacia su figura. Según Castoriadis (2013), para que la omnipotencia pueda ser remitida a la institución de la sociedad el otro debe destituirse a sí mismo de tal posición. Es en este momento cuando se produce una entrada plena en la realidad, entendiendo por esto último no un orden físico-objetivo, sino un mundo de sentido públicamente compartido que no está bajo el control de ningún deseo omnipotente particular. Aquí radica la característica definitoria del complejo de Edipo más allá de sus variantes histórico-sociales: el niño se ve enfrentado a una situación que “ya no es imaginariamente manipulable a voluntad”. (Castoriadis, 2013, p. 484). En el vínculo entre la madre y el padre el niño descubre una situación en la que está “en cierto sentido excluido”, de modo que ya no es posible situarse como centro de coordenadas de las causalidades y del accionar de los otros. La madre y el padre son tales no porque controlen las significaciones sino porque la institución de la sociedad así lo dictamina, porque eso es lo que *se hace* en dicha sociedad. El esquema del “si... entonces...” es, por lo tanto, remitido a la institución y las causalidades

pasan a fundamentarse en las significaciones imaginarias sociales —sean estas de orden religioso, mítico o científico— a partir de las cuales se construyen los “encadenamientos reales-rationales” que explican lo que acontece ante el sujeto. Desde este punto de vista la castración equivale a la irremediable pérdida de la omnipotencia para el niño, imposible incluso en su modalidad diferida, aunque en su vida adulta intentará reencontrarla en su vínculo con las significaciones sociales. En suma, es posible afirmar que la dimensión ensídica de la sociedad sólo puede ser adquirida, de modo progresivo, intersubjetivamente, es decir, a partir del vínculo con los otros.

Es sólo gracias al proceso psicogenético revisado en esta sección que el sujeto podrá lograr, en cierto modo, recrear una lógica ensídica de similar tenor a la de lo viviente. Tal como afirma Castoriadis, “la lógica ensídica que utilizamos es la que nos ha sido impuesta en el momento de nuestra fabricación como individuo social, es una recreación, en el nivel social, instituyente e instituido, de una lógica ensídica” (2004, p. 88). Sin embargo, cabe señalar que la lógica ensídica de lo social posee un carácter imperfecto y parcial —debido a que es constantemente desbordada y alterada por el imaginario social instituyente— que de ninguna manera logra asemejarse al carácter invariable y canónico del mundo propio del viviente¹⁶.

6. LA SUBLIMACIÓN Y LA DIMENSIÓN “VERTICAL” DEL MAGMA SOCIAL

Si la definición que Castoriadis habitualmente brinda de la “irreductibilidad” entre la psique y la sociedad se centra en el carácter diferencial de sus producciones (fantasmas privados y significaciones imaginarias respectivamente), tras el recorrido realizado es posible cuestionar si, en todo caso, la diferencia entre ambos productos no deriva primeramente de la irreductibilidad de los esquemas o matrices de significancia que los producen. Si bien los fantasmas o fantasías operan siempre sobre materiales secundarios, su característica definitoria deriva de “lo que la experiencia no puede dar porque no lo posee, a saber: esa organización plena de significado o de sentido primario para el sujeto” (Castoriadis, 2013, p. 449). En este sentido, lo propio de las fantasías es la imposibilidad de fijar al sujeto de la misma porque el sujeto es la totalidad de la *escena*, lo que porta las huellas de un estado en el que el sujeto

¹⁶ En este punto podrían recuperarse los diferentes “factores” que según Castoriadis (2008, pp. 93-94) desestabilizan a la institución de la sociedad..

es indistinguible del no-sujeto por su completa y plena superposición. Por lo tanto, en el esquema “todo=sí-mismo” que hace emerger fantasmas radica la irreductibilidad de la psique, esquema que no puede derivarse de la sociedad y que subyace siempre al sujeto como su matriz de sentido. Por otra parte, el esquema irreductible de la sociedad, aquello a lo que la psique jamás podría darle existencia por sí misma, es el de la separación y la diferenciación. Sin este esquema la sociedad no podría organizar de manera conjuntista-identitaria el mundo y por lo tanto no podría existir ni como *legein* ni como *teukhein*¹⁷.

Desde una perspectiva sobre la estratificación como la aquí desplegada resulta posible plantear una particular conexión entre los fantasmas y las significaciones sociales. Si la psique es la “materia prima” con base en la cual se “fabrican” individuos sociales, correlativamente las significaciones de la sociedad deberían también cimentarse sobre las producciones más originarias de la psique. Esto puede esclarecerse revisando lo que acontece en el proceso de sublimación, comprendiendo esta noción en el sentido “extendido” o “ampliado” que le brinda Castoriadis (2013)¹⁸. En el curso de la sublimación, el sujeto abandonará sus “objetos privados o propios” y los reemplaza por “objetos que son y valen en y por su institución social”, al mismo tiempo que la finalidad pulsional resulta desexualizada (p. 488). Aunque desde un punto

¹⁷ Al mismo tiempo debe observarse que el modo de ser de lo social no se agota en su dimensión ensídica: en su dimensión magmática las remisiones de las significaciones sociales superan cualquier establecimiento de conjuntos e identidades. Podría pensarse que aquí también opera un esquema inclusivo-unificador, pero a diferencia de la psique en el magma social no parece existir una tendencia a reducir la diferencia y la diversidad; las remisiones parecerían más bien desplegar y entrelazar cada vez más la diversidad.

¹⁸ Como el propio autor ha reconocido (Castoriadis, 2001, pp. 251-253; Urribarri, 2002, p. 38; 1998a, p. 16; 2000), su definición de sublimación se diferencia de la habitual concepción freudiana, en la medida en que hace hincapié en que no se trata simplemente de un cambio en la meta pulsional sino también, y más fundamentalmente, en el carácter del objeto. Esta lectura actualmente es reconocida desde el campo psicoanalítico como una “teoría original” cuyo principal mérito es lograr trasponer la sublimación “al dominio de los hechos sociales” (Roudinesco y Plon, 2008, p. 1052). Según Urribarri, “Castoriadis amplía la perspectiva pensando en el hombre común y su funcionamiento ordinario” (2002, p. 38), lo cual habilita a pensar el lugar del proceso sublimatorio en todo proceso de socialización como su “vertiente intrapsíquica” (Castoriadis, 2001, p. 252; Urribarri, 1998a, p. 16; Rosso, 2018c). Castoriadis (1998b, pp. 110-112) ya esbozaba sus originales ideas acerca de la sublimación en 1968, en su primer artículo centrado en el psicoanálisis. Una revisión detallada de esta concepción sobre la sublimación desde una perspectiva transaccional en Rosso (2018b).

de vista externo y pretendidamente objetivo podría decirse que el objeto de deseo continuará siendo la “misma” madre, lo que se pone en juego con la sublimación y por extensión con toda reorganización de la actividad psíquica es la emergencia de *otro* “objeto”, o de manera más correcta, de otro estrato como mundo propio de relaciones entre representaciones, afectos e intencionalidades. Pero a pesar de que la sublimación instaura nuevos objetos, la psique no abandona completamente los previamente instituidos, de modo que las sucesivas formaciones conviven, tal como se señaló antes, como “capas superpuestas de lava”. Incluso representaciones adultas como la de la madre-ternura “no sólo se encuentran acribilladas de conductos volcánicos por doquier, sino también casi nunca [resultan] definitivamente solidificadas” (p. 489). Si bien la madre-ternura remite ella misma y por sí sola a una multitud de significaciones socialmente instituidas que la sobrepasan a la vez que la dotan de sentido, esta madre y todas las que le antecedieron (madre-objeto-sexual, madre omnipotente de la fase triádica, madre edípica) “coexisten para la psique y remiten unas a otras”. Para Castoriadis “es posible ver en este ejemplo en qué consiste para un sujeto *la* representación de la madre en tanto magma” (2013, p. 490) y en términos más generales también demuestra la “naturaleza magmática de la representación” (2013, p. 489)¹⁹. Pero lo que evidencia este ejemplo es que el carácter magmático de la representación no sólo remite al resto de las significaciones instituidas por la sociedad sino que también lo hace a los mundos de sentido sedimentados en la sucesiva historia estratificada del sujeto. Las significaciones imaginarias sociales, desde este punto de vista, sin poder ser reducidas a los fantasmas privados de la psique porque en su consistencia ya exhiben las marcas del esquema de separación²⁰, guardan sin embargo relaciones de remisión hacia

¹⁹ En cierto modo esto también es sugerido en un comentario que Castoriadis introduce tras diferenciar entre diversos procesos y dinámicas psíquicas hasta alcanzar el nivel originario que a él le interesa: “Esta misma dificultad para distinguir, entre las diversas formaciones que se ofrecen mezcladas en el nivel de los fenómenos, los diferentes estratos de su constitución y aquél al que cada uno de ellos remite como modo de ser y modo de organización, vuelve a encontrarse cuando se consideran las significaciones imaginarias sociales” (2013, pp. 450-451). Esto habla de la complejidad del magma social, pero también sugiere la superposición y solapamiento de distintos estratos de sentido que tiene lugar en su seno.

²⁰ Para Castoriadis, la diferencia central entre las significaciones de la sociedad y las representaciones de la psique radica en que, en el caso de la primera, la “formación-transformación es *efectiva*, figurada o presentificada en y por modificaciones del ‘mundo sensible’: de tal suerte que, finalmente, *aquello sobre lo cual* se da el apoyo resulta

los estratos más profundos de la subjetividad, como si en algún punto el magma que es la psique y el magma que es la sociedad se mezclaran en un *magma vertical*²¹. Así, a las remisiones tanto sincrónicas como diacrónicas que le competen a toda significación históricosocial se agrega otra especie de diacronía remitida a la historia singular del sujeto²². Cabría también cuestionarse cuánto de la constitución de su sentido adeudan las significaciones sociales a los estratos y dinámicas de la psique, sobre todo si se enfatiza en la constante tarea de “metamorfoseo” o “metabolización” que el sujeto opera tanto en su etapa originaria como en las posteriores al intentar restablecer su matriz de sentido. Desde el punto de vista desarrollado en este trabajo, es aquí donde debe ser emplazada la indisociabilidad entre la psique y la sociedad para pensar tanto la constitución de la subjetividad como la configuración del sentido. Asimismo, si bien Castoriadis plantea que ambas dimensiones son indisociables entre sí, cabría preguntarse hasta qué grado lo son, puesto que llevado esto a su extremo se anularía la diferencia ontológica establecida entre las mismas. Comprender plenamente la irreductibilidad de lo psíquico y lo social consiste en reconocer la persistencia de sus esquemas, a través de los cuales se opera la adecuación de lo heterogéneo a lo homogéneo.

El carácter, a su vez, insoluble del vínculo entre psique y sociedad puede ser pensado a partir de la respuesta que Castoriadis (1998a, p. 45) brinda

alterado por la sociedad por el hecho mismo del apoyo, lo cual no tiene ningún equivalente en el mundo psíquico. Pues la institución del mundo de las significaciones como mundo histórico-social es *ipso facto* ‘inscripción’ y ‘encarnación’ en el ‘mundo sensible’” (2013, p. 550). De aquí que la psique, debido a la omnipotencia de su actividad alucinatoria, pueda satisfacerse mediante cambios en el estado de representación (como puede serlo el fantaseo) que no necesariamente redunden en un cambio en el “estado de cosas” del mundo, lo cual ya es pertinente al individuo socializado (2013, p. 493).

²¹ En su investigación acerca de la estratificación de los imaginarios sociales de género, Alice Pechriggl (2005), doctoranda de Castoriadis en la *Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS), avanza en una dirección similar al indagar el entrelazamiento y la continua interacción entre los diferentes estratos o niveles que inciden en la configuración de tales imaginarios.

²² De aquí que, como se señaló antes, pueda distinguirse una “vertiente subjetiva de las significaciones imaginarias sociales” (Castoriadis, 2001, p. 124) en la que el sujeto puede hallar un placer de representación —aunque éste sea ya sea distinto al placer originario, como se verá en el siguiente apartado. Como se indaga en Rosso (2018c), Castoriadis (2001, p. 252) también vincula esta idea a su concepción sobre la sublimación.

al ser cuestionado por Whitebook (1989) acerca de las “mediaciones” o “puntos de identificación” entre ambas dimensiones:

¿Qué hay de ‘común’ entonces entre psique y sociedad, dónde están la ‘mediación’ y el ‘punto de identidad’? Ocurre que para ambos hay y debe haber *sentido no funcional* (sentido no significa en absoluto logos). Como ya dijimos, ese sentido es de distinta naturaleza en ambos casos. No importa: la psique pide sentido, la sociedad la hace renunciar (nunca del todo) a lo que para la psique es sentido propio, imponiéndole encontrarlo en las [significaciones imaginarias sociales] y las instituciones (1998a, p. 45).

La psique y la sociedad establecen lazos a partir del *sentido no funcional*. En ambas se manifiesta un sentido que no se encuentra sometido a finalidades biológicas, y que de este modo puede ser pensado como pertinente al mundo propio de sentido que cada cual instituye. En ambas, además, el sentido exhibe una textura isomórfica, como entramado de representaciones, afectos e intencionalidades. Y aunque en cada uno de estos niveles el sentido sea *cualitativamente* distinto —es decir, diferente en sus esquemas relacionales o matrices de significancia—, el sentido no funcional debe ser pensado como el terreno común en el que ambos entran en contacto. El resultado de este entrelazamiento será la consolidación del individuo social, que puede ser pensado como una “interfase” o “superficie de contacto” entre los mundos de sentido correspondientes a cada una de tales dimensiones.

7. LA CONFORMACIÓN DEL INDIVIDUO SOCIAL

En un primer acercamiento al nivel del individuo social, reuniendo distintos planteos de Castoriadis podría pensarse que existe cierto carácter paradójico en la formulación de esta categoría. Desde su perspectiva, el individuo es simultáneamente una instancia psíquica y una institución de la sociedad. Castoriadis indica, por un lado, que “el individuo social es casi coextensivo con lo que Freud llama el consciente en la primera tópica, o el yo consciente en la segunda tópica” (2004, pp. 190-191); por otro lado, el autor también comprende que el individuo es una institución de la sociedad, e incluso podría decirse que es su institución por excelencia, ya que la sociedad sólo puede existir en y por los individuos que la encarnan: “el individuo social y la sociedad están íntimamente ligados puesto que el individuo social es una fabricación de la sociedad, que no existe concretamente, materialmente, más

que en y por los individuos sociales” (p. 97). Más aún, Castoriadis señala que el individuo es “fragmento ambulante de la institución de la sociedad, fragmentos ambulantes y complementarios unos de otros” (2001, p. 116), y que en virtud de tal complementariedad cada uno encarna virtualmente la totalidad del magma que es su sociedad.

Pero la tensión entre estas ideas, en las que no se termina de definir si el individuo social es preponderantemente pertinente a lo psíquico o a lo social, más que a una paradoja conduce a la riqueza misma de esta categoría. Si se adopta el punto de vista anteriormente introducido acerca de la estratificación psíquica, es posible caracterizar al individuo social como el último y más superficial de los estratos conformados en el terreno de la subjetividad. Se trata del resultado final de todo el proceso de socialización a través del cual la sociedad fabrica, a partir de la psique como su “materia prima”, un individuo que “*funciona* adecuadamente”, y que por lo tanto reasume para sí —al menos de manera “lo suficiente en cuanto al uso”— las normas, los valores, los prototipos de roles sociales, es decir, el conjunto de las significaciones instituidas por la sociedad en cuestión (Castoriadis, 2004, p. 55). A través de la adquisición del esquema de separación y la asunción de los encadenamientos reales-rationales instituidos, el individuo es capaz de pensar en los marcos brindados por la sociedad y de tener volición también tomando como referencia el horizonte de lo que es valorado y de lo que es permitido al interior de la misma (p. 190). Teniendo en cuenta lo desplegado acerca de la estratificación, se puede decir que el individuo social es “un artefacto social, unidad que cubre la pluralidad, identidad que oculta las contradicciones de la psique” (Castoriadis, 1998b, p. 135). Este “artefacto social” se encuentra cimentado sobre y coexiste con toda una serie de sentidos pretéritos que han sido sedimentados en la historia de la subjetividad. De aquí que Castoriadis sostenga que la consolidación del individuo social se corresponde con el establecimiento de una “intersección no vacía del mundo privado y del mundo público” (2013, p. 489). El primer mundo refiere a los fantasmas privados de la psique, es decir, al producto de los distintos estratos de sentido sepultados en la subjetividad que, aún a pesar de no ser aceptados como tales en la vida social, continúan operantes en la vida adulta; el segundo mundo se corresponde con la realidad que instaura la institución de la sociedad y sus significaciones imaginarias sociales. De manera que la definición simultánea del individuo como “fragmento ambulante de la

institución” y como coextensivo al consciente o instancia yoica desde la que se partió da cuenta de este solapamiento entre mundo privado y mundo público.

Ahora bien, si como anteriormente se planteó la psique abandona, a través del proceso de sublimación, sus objetos y fantasías privadas para reasumir los objetos comunes socialmente instituidos, tales objetos, sus relaciones y los esquemas relacionales que les corresponden pervivirán siempre en la estratificación del sujeto sin cancelarse. En este sentido, la sublimación también consiste en “la apropiación de lo social por parte de la psique, a través de la constitución de una superficie de contacto entre un mundo privado y un mundo público o común” (Castoriadis, 2013, p. 487). Esto significa que las formas sociales sólo podrán ser “apropiadas” por la psique si ésta logra crear una *superficie de contacto* entre esos dos mundos. Por lo tanto, tal superficie no debe confundirse ni con el “mundo privado” ni con el “mundo público o común”. Antes bien, debe ser comprendida como la emergencia de un nuevo estrato en la historia de la psique que constituye una zona de contacto entre dos lógicas caracterizadas como irreductibles. Definir al individuo como una “intersección no vacía” entre dos mundos permite remarcar el carácter estratificado de la historia que permitió su conformación, ya que muestra la coexistencia de dos mundos propios con diferentes finalidades y lógicas propias que responden a distintos *para sí* o procesos superpuestos. En este marco, se puede pensar al individuo social como el punto de encuentro entre la psique y la sociedad, es decir, como el resultado conjunto de una psicogénesis y una sociogénesis como procesos a la vez indisociables e irreductibles (p. 469). Como se propuso en otra oportunidad, es mediante la figura de la formación de compromiso o *transacción* como puede ser abordado tal entrelazamiento, en la medida en que con la conformación del individuo se logra satisfacer simultáneamente dos conjuntos de exigencias irreductibles entre sí, uno correspondiente a las lógicas libidinales y otro a las lógicas históricosociales (Rosso, 2018b; 2019). De manera que si bien el individuo suele ser asociado al proceso de socialización, y por lo tanto a la interiorización de ciertos contenidos sociales que constituirían su pretendida “identidad”, es importante destacar que su conformación supone como condición de posibilidad al proceso psíquico de la sublimación, además de a todo un correlato psicogenético por el cual se desemboca en el mismo, elementos sin los cuales el sujeto no podría terminar por integrarse —de manera relativamente exitosa— a la “realidad” que instituye la sociedad.

Por último, cabe destacar que una de las características centrales del individuo social, según Castoriadis (2013), radica en su capacidad de hallar placer en una modificación efectiva del “estado de cosas” del mundo real (es decir, del mundo de la institución social) y no sólo en la puesta en imagen fantaseada de tal modificación. Esto no debería llevar a pensar que en el individuo no prima el placer de representación; antes bien, se trata de un estado de la representación que, a diferencia del momento monádico, ya no se encuentra a completa disposición del sujeto, sino que “ahora la representación está mediatizada por un ‘estado de cosas’ del que no dispone” (Castoriadis, 2013, p. 493). Aquí puede verse el vínculo que se establece entre los dos mundos propios antes mencionados: por una parte, el sujeto no puede llegar a ser nada “objetivamente” si no es mediado —si no refriere— a las producciones de la sociedad; pero al mismo tiempo, estas producciones sólo valen para él, “subjetivamente”, en la medida en que son investidas, cargadas libidinalmente. Justamente en esto último consiste el “metamorfoso” que siempre operará la psique sobre los contenidos sociales: hacerlos valer para sí, dotarlos de sentido para su mundo²³. Para el individuo social, a pesar de adherir al orden de la sociedad, las significaciones del mundo público necesariamente deberán estar revestidas de un sentido particular dotado por su mundo privado. Ser, por ejemplo, obrero no vale tan sólo en oposición a otras posiciones, como la del burgués, el campesino o el profesional urbano. Este es un error en el que incurren ciertos enfoques estructuralistas y post-estructuralistas, dado que conceptualizan la articulación del sujeto en el discurso sin atender de manera adecuada a lo que acontece en el terreno de la subjetividad y la afectividad propiamente dicho. Lo que resulta desconocido de esta forma es el rol que opera la psique en la constitución del sentido, anulando lo que se denominó previamente como *magma vertical*: los depósitos estratificados de representaciones, afectos e intencionalidades sedimentados en el transcurso de la historia del sujeto se subtienden y entrelazan continuamente con las significaciones

²³ Puede pensarse aquí, a modo de ejemplo, en la identificación “egocéntrica” con los colectivos nacionales y su contrapartida de odio hacia las colectividades ajenas a la propia. Tales significaciones serían imposibles sin un esquema que permita establecer identidades y separar el conjunto al que el individuo pertenece de otros. Pero, además, estas significaciones son revestidas de un matiz particular gracias a su vinculación con la “investidura positiva de sí mismo” y su coextenso sofisma elemental: “Soy (el) bien. (El) bien soy yo. (...) Soy francés (inglés, italiano, norteamericano, etcétera). Ser francés (inglés, italiano, norteamericano, etcétera) es ser (el) bien” (Castoriadis, 2001, p. 186).

imaginarias sociales para cimentarlas y permitir la adhesión de los sujetos a las mismas. Ser obrero, entonces, revestirá un matiz diferente para quien ponga en juego allí su existencia subjetiva o su investidura narcisista, de modo que esta significación social no será una más entre otras, definida sólo por su remisión al resto de la institución; allí donde se monta exitosamente un “modelo identificador” (Castoriadis, 2013, p. 497) se tiende un haz de remisiones hacia los estratos más profundos de la subjetividad, posibilitando así el restablecimiento de la *matriz del sentido* que la psique continuamente persigue.

8. CONSIDERACIONES FINALES

Tras el recorrido realizado, es posible postular que el carácter magmático que Castoriadis atribuye al sentido social no sólo refiere a su remisión al complejo conjunto de las significaciones imaginarias sociales, sino que también da cuenta del modo en que éstas se encuentran imbuidas de sentidos que no pueden ser completamente reconducidos a la institución de la sociedad, y que se exhiben como enraizados, con distintos grados de profundidad, en los mundos de sentido sedimentados en el curso de la historia psicogenética del sujeto. De manera que el carácter estratificado de la subjetividad debería extenderse para pensar el estatuto de la propia institución imaginaria de la sociedad. En este marco se propuso el concepto de *magma vertical* como complemento a la concepción de la subjetividad estratificada, según el cual toda significación imaginaria social se encuentra cimentada sobre una superposición de múltiples capas de sentido que responden al solapamiento de diversas matrices de significancia pretéritas.

Sin embargo, lo que aún resta dilucidar es en qué grado las significaciones sociales adeudan la configuración de su sentido a las diversas matrices de la psique, sobre todo si se tiene en cuenta que estas últimas siempre “metamorfosean” y adecúan a sus esquemas elementos que en principio les resultan ajenos. Es necesario mantener precauciones al respecto de este punto, ya que llevado a su extremo podría anular la irreductible diferencia ontológica entre lo psíquico y lo social. Pero este riesgo justamente demuestra que la “mediación” entre ambas dimensiones, como algunos críticos exigían a Castoriadis, radica en el *sentido no funcional* que definen a la psique y a la sociedad en tanto estratos del *Ser*, y podría pensarse incluso cómo este vínculo se asienta

en el solapamiento y entramado de sus respectivas representaciones, afectos e intencionalidades.

A partir de estas ideas se llegó finalmente a la conclusión de que tanto la subjetividad como el sentido se encuentran múltiplemente co-determinados, y por lo tanto atravesados por distintos estratos y sus correspondientes matrices de significancia. Como se sugirió en el curso de este trabajo, quizás se pueda llegar a afirmar que la configuración del sentido y la conformación de la subjetividad no deben ser planteadas como tópicos o asuntos separados, a diferencia de lo que parecería plantearse en algunas disputas disciplinares. Esto lleva a cercenar un objeto de estudio que, desligado, no puede ser captado en toda su legalidad. Pero este problema encuentra una posible respuesta en la obra de Castoriadis: no existe sentido por fuera de la subjetividad, así como tampoco lo pertinente al sujeto puede ser pensado por fuera del orden del sentido. Así, la distinción entre ambos vectores, la dimensión psíquica y la dimensión social, no responde al establecimiento de objetos de estudio pertinentes a diferentes disciplinas, sino a una distancia ontológica de sus esquemas o matrices fundamentales. Las demarcaciones disciplinares que llevan a divorciar lo “individual” de lo “social” se muestran por tanto insuficientes para comprender la conformación, siempre conjunta, de la subjetividad y del sentido.

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (2010). *La Violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Amorrortu.
- Bachelard, G. (2004). *La formación del espíritu científico*. Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1996). Seminario 1996: Psique e historia. *Zona Erógena*, (29), 46-50.
- Castoriadis, C. (1998a). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Eudeba.
- Castoriadis, C. (1998b). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Nueva Visión.
- Castoriadis, C. (1998c). *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Gedisa.
- Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable*. Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y Verdad en el Mundo Histórico-Social. Seminarios 1986-1987. La Creación Humana I*. Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. Terramar.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.

- Ciaramelli, F. (2002). *Creación humana y paradoja de lo originario*. *Archipiélago*, (54), 58-66.
- Corcuff, P. (2014). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Siglo XXI.
- Dosse, F. (2018). *El relevo psicoanalítico: de Marx a Freud*. En *Castoriadis: una vida* (pp. 58-66). El cuenco de plata.
- Ferme, F., Mariscal, C., López, N., Couzo, D., Castro, M. y Rosso, G. (2008). *Sobre la constitución de la subjetividad: coexistencia de los sentidos, la afectividad y la reflexión*. En Lewin, H., Dallorso, N. y Di Virgilio, M. (Coords.). *Recorridos en investigación II: Programa Reconocimiento Institucional de Investigaciones Convocatoria 2013-2015* (pp. 299-305). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. http://www.sociales.uba.ar/wp-content/blogs.dir/219/files/2018/02/Libro_online.pdf
- Fernández, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Biblos.
- Franco, Y. (2003). *Magma: Cornelius Castoriadis: psicoanálisis, filosofía, política*. Biblos.
- Freud, S. (2008a). *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas*, vol. XVIII (1920-1922). Amorrortu.
- Freud, S. (2008b). *El yo y el ello. Obras Completas*. Vol. XIX (1923-1925). Amorrortu.
- Habermas, J. (1993). *Excursus sobre C. Castoriadis: 'La institución imaginaria'*. En *El discurso filosófico de la modernidad* (pp. 387-396, 377-380). Taurus.
- Kojève, A. (2012). *La dialéctica del amo y del esclavo*. Leviatán.
- Laplanche, J. (2001). *El orden vital y la génesis de la sexualidad humana*. En *Vida y muerte en psicoanálisis* (pp. 16-37). Amorrortu.
- Miranda, R. (2008). *El sujeto autónomo y la alteridad*. En Cabrera, D. H. (Coord.), *Fragmentos del caos. Filosofía, sujeto y sociedad en Cornelius Castoriadis* (pp.135-160). Biblos.
- Pechriggl, A. (2005). *Body and Gender within the Stratifications of the Social Imaginary*. *Hypatia*, 20(2), 102-118.
- Rosso, G. (noviembre 2016). *Psique, sociedad y sentido. Sobre el vínculo entre la estratificación de la subjetividad y el magma de las significaciones en Cornelius Castoriadis*. [Presentación de paper]. *II Encuentro Internacional de la Cátedra Interinstitucional Cornelius Castoriadis*. San Luis Potosí: México.
- Rosso, G. (2018a). *La multiplicidad psíquica como estratificación. Un acercamiento desde Cornelius Castoriadis*. En *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología (Filosofía y Epistemología)* (pp. 2618-2238). Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. <http://jimemorias.psi.uba.ar/index.aspx?anio=2018>

- Rosso, G. (2018b). Las formas de la transacción entre psique y sociedad. Aportes desde Freud, Castoriadis y Aulagnier. En *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología (Psicoanálisis)* (pp. 657-661). Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-122/530.pdf>
- Rosso, G. (2018c). Hacia una indagación de la vertiente subjetiva de los imaginarios sociales. Aportes desde la obra de Cornelius Castoriadis. *Temas y Debates* 22(36), 163-183. <http://www.temasydebates.unr.edu.ar/index.php/tyd/article/view/419/248>
- Rosso, G. (2019). El problema de la producción de la subjetividad. Una propuesta para la articulación de la antropología y el psicoanálisis a partir del pensamiento de Cornelius En Castoriadis. Lomelí González, A., Novoa Cota, V. J. y Maisterrena Zubirán, J. J. (Coords.). *Psicoanálisis y antropología en el proyecto de autonomía. Encuentros con Freud y Castoriadis* (pp. 87-118). Colección Investigaciones del Colegio de San Luis.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Stavisky, S. (2016). ‘Sin deseo revolucionario, no hay práctica revolucionaria’. Entrevista a Fernando Urribarri. *Diferencia(s. Revista de teoría social contemporánea*, 2(2), 58-66.
- UBApsicología (2015, 24 de febrero). “Cornelius Castoriadis En El Nacional Buenos Aires II (1993)” [Video] <https://www.youtube.com/watch?v=lru2HiY4HJg&t=5529s>
- Urribarri, F. (1993). Dossier. Lecturas y Uso de Castoriadis. *Zona Erógena*, (15).
- Urribarri, F. (1998a). Prólogo a la edición castellana. En Castoriadis, C., *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación* (pp. 8-17). Eudeba.
- Urribarri, F. (1998b). La Psique: Imaginación e Historia. Las Ideas Psicoanalíticas de Cornelius Castoriadis. *Zona Erógena*, (39), 43-50.
- Urribarri, F. (2000). Castoriadis: la sublimación extendida. *Zona Erógena*, (45), 53-58.
- Urribarri, F. (2002). Castoriadis, Lacan y el postlacanismo. *Archipiélago*, (54), 31-40.
- Whitebook, J. (1989). Intersubjectivity and the Monadic Core of the Psyche: Habermas and Castoriadis on the Unconscious. *Revue européenne des sciences sociales*, 27(86), 225-244.